

El repudio de la urbe

En la década pasada se puso de moda, el repudio de Marcuse, aunque tenía medio siglo como teoría, a la sociedad de consumo. Esto, en las sociedades de consumo venía a ser una reacción natural de tipo cíclico. Lo antinatural es que se pusiese de moda en sociedades desarrolladas, que no han alcanzado el nivel de consumo, sino que simplemente se subalimentan.

Sin embargo, se ha dado y se da un repudio de la urbe, que no tiene nada que ver con teorías ni con dialécticas. El repudio de la urbe por la urbe misma, y que viene desde la antigüedad. La forma edulcorada y romántica fue la del elogio de la vida campestre y el canto a "la vida retirada". Este repudio resultó siempre bastante falso, pues la vida campestre es dura, áspera, difícil. Otra forma fue la de la valoración de la vida del campo precisamente por dura.

Esta es la que he encontrado en la novela de Hernán Elizondo, "La ciudad y la sombra".

He leído esta novela un poco por azar, como todo lo que leo (la planificación de las lecturas, como toda planificación, sólo es para mentes estrechas). Y empecé con escepticismo. El primer capítulo me fue gustando: pensé que era una buena influencia de lo mejor de Miguel Ángel Asturias. Pero pronto pasó esa impresión. En la sucesión de capítulos cortos, se me fue presenciando un titánico desarrollo de una urbe, desde los inicios de la primigenia lucha con la selva. Un rapto convierte



Constantina
Láscaris

a un hombre en prófugo convicto y clava "las cuatro estacas de su rancho a la orilla de la gruta donde encontró un cuervo muerto". Y viene el desbrozar la selva, acompañado por una mujer bravía (es cuando uno comprende que en el campo el mejor piropo a una mujer es "bruta"). Luego, vienen otros hombres, nace un pueblo y un día aparece un hombre que declara "que él era la justicia", y desde ese momento "al pueblo aquel se lo empezó a llevar el diablo". Y ya el resto de la novela es la actualización por etapas del diablo en el pueblo, hasta convertirlo en ciudad. Hay una aparición de San Gabriel, que dará centro al desarrollo eclesiástico. Y hay un Lagartijo, el hombre que encarna al diablo bajo forma de la tentación sexual. Y hay una guerra contra "las ratas" (que recuerda en mucho a la campaña contra los filibusteros de Walker y con su Juan Santamaría no edulcorado por la propaganda). Y un capítulo VIII dedicado a analizar la instalación del primer prostíbulo. Y un triste, lacerante suicidio desde el Puente de los Enamorados. Y una crítica a la "administración

de justicia" mucho más dura que las que acostumbra a hacer el Lic. Enrique Benavides. Y cuando un amante de la historia se pone a escribir la historia de la ya ciudad, termina con "una náusea envolvente que lo aprisionaba en sus tentáculos babosos, un asco de los valores mentidos y de los hechos disfrazados". Y para que no haya confusión, el autor dedica el último capítulo a sostener explícitamente el repudio de la urbe: "Voy a levantar el mazo destructor que te sepulte, con tu legión de títeres grotescos".

No es una novela "comprometida". Por eso, no creo que la elogie nadie que esté "comprometido". Simplemente, es una novela muy buena. Para mí, la mejor escrita en este país desde el "Pedro Arnáez". Lo que dice vale la pena. Y el estilo, la frase, tienen sabrosura. No necesito decir que está bien escrita (pero lo digo pues es una peste eso de que se publiquen libros simplemente mal escritos). Y muchas veces alcanza fuerza poética: "Los bueyes lentos van al paso, ramoneando al desaire, y la carreta rueda por la cuesta como una extraña castañuela inmensa".

Una muy buena novela, que no creo que la pongan nunca de lectura en las escuelas, pues no es gazmoña, y que no creo que la traduzcan a veinte idiomas exóticos, pues no hace propaganda de nada. Simplemente eso, vida contada con enjundia:

"A lo lejos toca las nubes la cabellera en ascuas de la selva".